

conmovió a Roma entera, fué la persecución ejercida contra el venerable Cremucio Cordus, anciano venerable del que Tácito hizo el elogio más grave, que tocaba al fin de sus días, y había escrito en tiempo de Augusto unos anales históricos, que el mismo Augusto había escuchado sin darse por ofendido. Sin embargo, Cremucio Cordus, quedaba aún en pie delante del favorito, que no le perdonaba. Sejano hizo buscar su obra, que fué quemada de orden del pretor, porque en ella se leía "que Bruto y Cassio, eran los últimos romanos." Todos los manuscritos que pudieron encontrarse fueron entregados a las llamas, debiendo añadir en honor de los degenerados nietos de Bruto y Cassio, que se ocultaron muchos manuscritos y se hicieron copias con tal apresuramiento, que los anales de Cremucio Cordus, parecía que se multiplicaban con la persecución. ¡Última e inútil protesta de un pueblo, que nada ganaba ni en moral ni en valor, con la lectura y las lecciones de su propia historia! Cremucio se dejó morir de hambre para escapar de las persecuciones de Sejano.

Así se obtenía el silencio en Roma, de esta manera protegía Sejano la literatura y la libertad de pensar. En cambio, un Veleyo, triste lisonjero que alababa a Tiberio y a su Ministro, un Valerio Máximo, que le cedía en bajas adulaciones, estaban impulsados, pagados y protegidos por Sejano; y hasta hoy sus miserables escritos son traducidos y estudiados por nuestros hijos, mientras que los de Cremucio Cordus, se han perdido, porque muchas veces el tiempo es ciego, como la fortuna.

Sejano cuidaba de escribir a Crapea todo lo que pudiera producir en Tiberio alarmas secretas, aversión por Roma y por los romanos, el placer de vengarse por la mediación de un Ministro infatigable, una crueldad nativa que se reproducía sin cesar, la satisfacción de herir sin aparecer responsable, dejando que Sejano re-

portase lo odioso de las condenaciones: Tiberio se engañaba. Nada son los favoritos a los ojos de la justicia humana, instrumentos ciegos e inspirados, dejan que la responsabilidad entera ascienda hasta los amos que le sostienen a pesar de su nada. Sejano no ha sido odiado por la posteridad, como hubiera debido serlo, casi excita la piedad en tanto que la memoria de Tiberio es siniestra y aborrecida.

Las señales inequívocas de la ternura y cariño del amo, contribuyeron a la exaltación del divino Sejano, a quien se honró como a los dioses. Sus estatuas brillaban no sólo en el teatro de Pompeyo, sino en las plazas públicas, en las calles y en los campos, tributándoseles los mismos sacrificios que a las del Emperador. Las pinturas representan fraternalmente reunidos a Tiberio y su Ministro; cuando Sejano entraba a Roma, recibía los mismos honores que el Emperador; el aniversario de su nacimiento ("natalitia,") se festejaba con la misma pompa, se juraba por su vida, "per fortunam Sejani," con más gusto que por la de Tiberio. "per fortunam Tiberii," porque estaba ausente, y por último, se colocaron en el teatro dos tronos de oro de igual "hermosura," el uno, que quedaba vacío, era el de Tiberio, el otro lo ocupaba el favorito.

Había llegado a tal grado la ceguedad moral de Tiberio, que no concebía ni el menor celo: ese espíritu tan inquieto no distinguía ninguna sombra, se adornaba en una profunda confianza, no tenía por su parte ni ocultas intenciones ni hipocresía; amaba a su Ministro como a él mismo, porque le evitaba los fastidios exteriores del poder, dejándole sus goces. Sus cartas estaban llenas de expresiones cariñosas, y cuando hablaba de él al senado decía: "mi Tiberi," y además le daba el nombre de su colega, suponiendo a su favorito asociado al imperio, Hizo más todavía, derogó el antiguo orden de cosas, al que afectaba escrupulosamente a-



pegarse, nombrando a Sejano cónsul por cinco años consecutivos, no obstante que el consulado fuese siempre anual.

La situación era, pues, única, sin precedente; Sejano era un Emperador de hecho, era un César no aclamado. Un espíritu moderado, aun con una ambición immoderada, hubiera tenido la prudencia de detenerse, de gozar, de continuar reinando y de esperar la muerte de Tiberio, que contaba ya con setenta y dos años; pero, señores, el crimen sería muy cómodo si no estuviera rodeado de precipicios; la ambición muy fácil, si la ceguedad no fuera al mismo tiempo su peligro y su castigo.

El vértigo arrebató a su vez a Sejano, como a todos los que no han merecido su elevación. Un grano de arena puede desviar un carro magníficamente lanzado, o más bien el primer error origina la primera falta, y después la completa pérdida.

Livilla, su cómplice, que esperaba el poder de que aún no gozaba, que quería recoger el fruto de un crimen que les era común, dividir con Sejano su vida, su habitación, y los honores que le rodeaban, le obligó a cumplir la promesa, a escribir a Tiberio pidiéndole su mano. Tácito nos ha trasmitido la respuesta del Emperador, pero de una manera tan bella y tan concisa que desde luego se conoce el estilo del gran escritor. Tiberio rehusa, no como un soberano ofendido, que prohíbe a un simple caballero el acceso a la familia imperial; no, sino por afecto y por talento, por interés de un Ministro contra el que teme excitar el odio de los romanos, la envidia justamente desencadenada del partido de Germánico y Agripina; sus razones son las de un amigo sensato, y no las de un amo que tiende una celada.

No por eso dejó de ser sensible a Sejano la negativa: la petición había sido pública, y pública fué la afrenta:

y desde ese momento la cólera comenzó a precipitar sus actos. La crueldad era para él un consuelo, al mismo tiempo que un medio de allanar el camino que se trazaba, y redobló esa crueldad. El Senado admiraba de tal manera los ejercicios de los pretorianos, que bastaba designar una víctima, para que en el acto fuese condenada con una apariencia de legalidad: formulada la acusación la muerte era segura; porque muchas veces el acusado para escapar del suplicio se arrancaba la vida. A tal precio se obtenía que los bienes no fueran confiscados, que los hijos no quedasen reducidos a la miseria, y el moribundo tenía que inscribir en su testamento a Tiberio y a Sejano para que no se declarase nulo. La suerte no podía burlarse con una ironía más feroz del desgraciado a quien se le obligaba a lisonjear a sus verdugos hasta en el seno de la misma muerte.

El nuevo año comienza por el asesinato de Sabinus, personaje muy considerado que gritaba a los romanos al ser llevado a la prisión: "¡Mirad, ciudadanos, lo que os reserva Sejano; he aquí bajo qué auspicios comienza el año nuevo!" De esta manera aumentaba la indignación pública y sus odios mal disfrazados bajo pálidas sonrisas, se acumulaban sobre la cabeza del insolente favorito. Su grandeza era tal, dice Dion Cassio, que ya se juzgaba Emperador, no hablaba sino raramente de Tiberio, y eso con desprecio, y sus servidores le llamaban tan solo el señor "de la isla, o el gobernador de Caprea!"

Y en efecto, Sejano, contaba con el ejército y con el senado, porque tenía al ejército, y con el pueblo porque le contenía, ayudado del ejército y del senado. Tenía a Roma, al suelo italiano y a Tiberio, dormido y debilitado por los años y la prostitución, confinado sobre una roca aislada, espiado y rendido por una peque



fla corte, que ponía en conocimiento de Sejano cuanto pasaba en Caprea, mientras que Tiberio no sabía sino por Sejano lo que pasaba en Roma. Nunca, ningún advenedizo llegó a una situación más embriagadora. jamás ha habido quien estuviera más cerca de la omnipotencia; no faltaba sino extender la mano y hacer el gesto supremo.

En este momento estalló el rayo: partió del Palatino y del lado más imprevisto, como sucede en todas las revoluciones. Una mujer olvidada mucho tiempo hacía, en el seno de un profundo retiro, se encargó de la defensa de Tiberio, o mejor dicho, de su propia raza que veía inminentemente amenazada; esta mujer fué Antonia, la viuda del hermano de Tiberio, de aquel Druso que tanto amó en su juventud, y que había muerto a la edad de treinta y un años. Verdadera matrona de los tiempos antiguos, Antonia se había retirado al Palatino, al lado de Livia, hilando lana y viviendo en una perfecta castidad. Las medallas de Claudio, su hijo, hizo grabar en su honor cuando obtuvo el imperio, nos dan a conocer una figura que revela un bello carácter: las mejillas son abultadas y en ellas se distingue un pómulo alto, como lo tienen las mujeres de Rafael, las cejas forman un marco noble y los cabellos son abundantes, es un verdadero tipo romano con una armonía arrogante y tranquila.

Antonia hizo conocer a Tiberio los proyectos de Sejano, y como una carta no podía decirle todo, le envió a su liberto Pallas, en quien Tiberio tenía tanta confianza como ella misma. Preciso es, señores, que nuestra imaginación bosqueje un cuadro que renuncie a pintar: la sorpresa de Tiberio, su espanto, su dolor, el conocimiento de un peligro inmenso, la rabia de haber sido engañado, el instinto de conservación, la sed de venganza,

za, y su impotencia en medio de las apariencias del más absoluto poder.

¿Qué habría hecho en tales circunstancias una alma valerosa? Correr al enemigo, tomar la flota en Misena, subir el Tiber y llegar a Roma, era un triunfo cierto. Descender a la Campania, hacer un llamamiento a los magistrados municipales y a los veteranos de Augusto, y marchar sobre Roma, era también un modo seguro de perder a Sejano, pues los pretorianos lo hubieran vendido por el mismo precio que le servían; pero Tiberio no se atrevió, prefiriendo dar al mundo un espectáculo curioso, único en la historia, el de un soberano conspirando contra su Ministro: el primero, temeroso y humilde en una pequeña isla, el segundo, dueño de la capital, del ejército, y por decirlo así, de todo el imperio; Sejano ciñendo una diadema, Tiberio ocultándose entre las sombras, y representando el papel de traidor en esta sangrienta comedia, desplegando en esta larga conspiración una paciencia, una hipocresía y una destreza que caracterizan un genio de segundo orden. Guarda su secreto seis meses, y continúa haciéndose el engañado, urdiendo su trama al derredor de su presa, mostrándose en esto digno hijo de Livia. Esperó a que Sejano no fuera cónsul porque el consulado le suminis traba armas legales: llegado el término, nombró dos cónsules de los que el uno era hechura de su Ministro; el otro, Régulo, su enemigo, y del que Tiberio podría disponer, y al mismo tiempo hizo adormir la vigilancia de Sejano o paralizarla. Con tal objeto, con un cuidado infinito, escribía cartas admirables, de las que, a pesar de mi deseo, no puedo enseñaros el tipo porque ninguna se ha conservado; pero estad seguros que el discípulo de Augusto y de Messala Corvino, debió encontrarse para ellas con un talento imprevisto; el cuidado de defender su vida y reconquistar el imperio inspiraba su musa. Esas cartas ora excitaban la ambición de



Sejano, ora la enfriaban. Un día el Emperador se pintaba moribundo, otro aseguraba estar curado y anunciaba su viaje a Roma; ya agobiaba a Sejano con elogios y caricias, ya le censuraba y criticaba sus actos; algunas veces le concedía los favores que solicitaba para sus amigos; otras los rehusaba con aspereza. El resultado de estas contradicciones hábilmente balanceadas, fué tener en suspenso el espíritu de Sejano, encantarle y espantarle, fatigándole con una perpetua incertidumbre, aletargándole, haciendo que se produjera en él ese estado de torpeza terrible que se llama indecisión.

Llegó el momento en que Sejano tuvo miedo y lo dejó entrever; desde entonces, con un adversario cobarde como Tiberio, estuvo perdido. Desconociendo a "su Tiberio," intentó hacer un reconocimiento, y marchar a Caprea, al antro del monstruo, para restablecer su desquiciado ascendiente; le escribió dándole un espacioso pretexto para su viaje; pero Tiberio le contestó que permaneciese en Roma, y envalentonado por el espanto de su Ministro, preparó los grandes golpes.

Tenía a su lado a Cayo Calígula, hijo de Germano y de Agripina; le detestaba como a toda su familia, pero sabía cuán cara era a los romanos la sangre de Germánico. Para seducir a la multitud y descartar a Sejano, anunció oficialmente que elegía por sucesor a Calígula. Esto produjo una alegría universal y fué una barrera inquebrantable levantada ante Sejano. Luego, había precisión de advertir al Senado y apartarlo de aquel a quien estaba acostumbrado a considerar como la fuente de todos los favores, y algunas señales bastaban para que los ávidos adoradores del sol, comprendiesen que llegaba su ocaso. Tiberio prohibió que se votasen nuevos honores tanto para él, como para su Ministro, y en vez de llamarle en sus cartas como antes "mi Se-

jano, mi colega," le designaba sólo por su nombre, L. Aelio Sejano. No se necesitaba más para que el fino olfato de los cortesanos reconociese la falsa pista y estuviesen atentos.

Por último, la hora decisiva llegó, ¡qué catástrofe! ¡qué enseñanza! Por desgracia el relato de este drama, que fué referido por Tácito, se perdió, así como una parte del libro quinto de sus "Anales;" Dion lo comprendió, y nosotros nos contentaremos con presentar algunos rasgos.

Tiberio comunicó sus instrucciones, a Naevio Sertorio Macron, a quien nombró prefecto del pretorio; puso en sus manos el documento que le hacía reconocer por tal y una carta para el Senado, "larga y verbosa," según la expresión de Juvenal. Macron llegó a Roma de noche, se entendió con el cónsul Memmio Régulo, enemigo de Sejano, y tomó todas sus medidas con Graenico Lago, libertó que mandaba los 7,000 libertos de las siete cohortes de vigiles, encargados de la policía de la ciudad que siempre abrigaban celos de los pretorianos.

Al nacer el día, el Senado se reunió en el templo de Apolo sobre el Palatino, al que subió Macron y donde encontró a Sejano, que habiendo sabido su llegada, estaba inquieto por no haber recibido cartas: Macron le llama aparte, le enseña sus tablillas selladas por el Senado y le anuncia que Tiberio va a conferirle el poder tribunicio. Esto era declararles tan inviolable como al Emperador, y asociarle al imperio. Sejano, cuyo corazón salta de alegría, se precipita al templo, y entretanto Macron se da a reconocer a su escolta, prometiendo a los pretorianos dones considerables en nombre de Tiberio que quiere recompensar su fidelidad, y los envía a sus cuarteles. Los vigiles ocupan el lugar de los pretorianos, rodean el templo, al que entra Macron, para entregar al Senado el mensaje anunciado, vuelve a salir al



punto de la asamblea y marcha al campo pretoriano para hacer que permanezcan allí los soldados y evitar toda sedición.

Comenzó la lectura: Tiberio al principio hablaba de asuntos diversos, después dejó deslizar una censura contra Sejano, volvía después a cuestiones indiferentes formulando después otra nueva queja. Un silencio mortal reinaba en la asamblea. Sejano, acostumbrado hacía seis meses a los giros caprichosos del estilo de Tiberio y consolado por la conclusión de la carta que le había revelado Macon, escuchaba distraído, esperando oír las palabras "poder tribunicio;" pero repentinamente cambia la escena, Tiberio ordenaba el arresto de dos senadores amigos de Sejano, ataca a Sejano mismo pidiendo se le aprehendiera, se declara en peligro y suplica al Senado le envíe a buscar a Caprea con un cónsul y las tropas suficientes.

El ataque fué tan imprevisto que Sejano permaneció estupefacto: nada comprendió en aquel momento, ni pensó en evadirse, ni en correr al campo pretoriano, ni en hacer un llamamiento al pueblo, a los caballeros o a sus amigos. Los bancos que le rodeaban quedaron poco a poco vacíos, y al volver el rostro, vió a su lado a Laico, el jefe de los vigiles, que había penetrado sin ruido: estaba preso y ni siquiera escuchó al cónsul Régulo que tres veces le ordenó que avanzara, y que tuvo que tocarle la espalda para sacarlo de su abatimiento. Al instante, los senadores prorrumpieron en gritos e imprecaciones contra el que adoraban la víspera; la humanidad ha visto más de una vez esta terrible palinodia de los cuerpos constituídos al declarar una abdicación.

Sejano fué conducido a la prisión Mamertina, en medio de una multitud que le insultaba; en vano se cubrió con un extremo de la toga, se le arrancó para herirle el rostro: esas bofetadas vengadoras debieron hacer que se presentara ante él la sombra de Druso. A su paso se

destruyen, se arrastran y se hacen pedazos sus estatuas; vuela el mármol en pequeños fragmentos, y el bronce se lleva a las fraguas. Juvenal pinta esta escena, y dice que es para eterna vergüenza de los romanos; pero estos se deshonraron, cuando levantaban esas estatuas y les ofrecían sacrificios.

Alentado por las violencias de la multitud, el Senado tuvo valor de ordenar la muerte de Sejano: su cuerpo fué arrojado a las gemonias, entregado durante tres días a los insultos de los transeuntes y arrojado al Tiber. Sus hijos corrieron la misma suerte, su hija, muy joven, todavía fué violada por el verdugo al lado de su hermano, antes de extrangularla, por estar prohibido por la ley ejecutar a una virgen, y Apicata, la mujer repudiada, escribió a Tiberio denunciando a Livilla, su rival, dándose la muerte en seguida.

Tal fué el fin de ese terrible duelo en que Sejano y Tiberio son igualmente medianos, igualmente sanguinarios, igualmente pérfidos. Sin moralidad y sin utilidad, dos personalidades estaban en juego, sin otro objeto que la dominación. Los romanos hubieran contemplado la una o la otra en las gemonias con la misma alegría, estuvieron por Tiberio contra Sejano, como hubieran estado por Sejano contra Tiberio: presa miserable del déspota en pie, insultaban con placer al déspota vencido.

No me pidáis, señores, que os haga conocer las facciones del que había usurpado el imperio, con más resolución o mayor genio. Los romanos se asociaron de tal manera a la venganza de Tiberio, que no dejaron sobrevivir ni un monumento figurativo, ni un camafeo, ni una piedra grabada. Tampoco existen medallas, y en cuanto a las estatuas, Juvenal dice con absoluta veracidad, que fueron convertidas en palas, pinzas, cacerolas y otros útiles para freír; apropiándose las imágenes del rostro de este personaje vil, a usos más viles.



Todo lo que queda de Sejano es el recuerdo de su fortuna, de sus crímenes, de su caída, y la reprobación de la posteridad, mezclada con algo de piedad.

Hay muchas especies de Ministros: unos que se consagran sin reserva a su soberano, a su grandeza, a su gloria, a un principio de que es representante, y se honran por su desinterés, uniendo su talento a su fidelidad: los Ministros de los países libres que sólo se entregan a su patria, sirven al soberano, pero sólo obedecen a la ley, escuchan siempre la opinión pública que les da la medida de las necesidades de sus conciudadanos, que representan una idea y desaparecen desde que esa idea ha conquistado su puesto, puros cuando tocan los negocios públicos, más grandes cuando vuelven a la vida privada; y Ministros, en fin, cuyo tipo es Sejano. Estos no aman a su soberano ni a su país, sino que sólo se aman a ellos mismos. La ambición es su sola ley, la avaricia, su única conciencia: se adhieren al poder como las manos se juntan a ciertas máquinas eléctricas, que aprietan tanto más, cuanto más fuerte es el dolor que causan; para conservar el poder se convierten en los abogados de todas las causas, los instrumentos de todos los planes, los opresores de todos los derechos. En los tiempos de violencia cuando se ahogan las leyes morales, no retroceden ni ante los atentados más graves: Sejano es un ejemplo, no retrocedió ni ante el crimen.

No me pidáis compasión, señores, para el culpable Ministro, que pervirtió a su benefactor, que excitó sus malos instintos y fué el más complaciente de sus verdugos. Fué justamente castigado, porque creó males temporales arrancando a sus conciudadanos su fortuna, su libertad y su vida, y consagró un mal durable por el establecimiento del campo pretoriano. Al acampar en Roma a sus perpetuos enemigos, al volver contra su patria las fuerzas destinadas a defenderla, al preparar

al imperio un santuario nefasto, al dar a las razas futuras ese funesto ejemplo de opresión, Sejano ha merecido y merece sino el horror de la posteridad. Justo es que nuestro desprecio tenga el fiel de la balanza igual entre el amo y el favorito; que se derrumben, que se castiguen el uno por el otro, las gentes honradas respiran y se consuelan hasta cierto punto, porque la moral que dó, no diré vengada, sino al menos dejó de ser hollada con los pies, por esa insolencia suprema de la fortuna, que se llama "Impunidad."